

la noche pasada me ganaste con trampas á los cientos, y, para compensar este acto desleal, vas á dar un par de piezas de oro á este buen muchacho y cinco á la bailarina.

El marqués sacó su bolsillo y se adelantó para cumplir las órdenes del rey. Julian se vió en este instante muy confuso; pero serenándose al fin un poco, dijo que no tenia derecho alguno para sacar provecho de la danza de esta joven, y que se habia equivocado Su Magestad en suponerlo.

— Pues, amigo, ¿quién eres tú? le preguntó Carlos. Pero antes de todo, ¿quien esa ninfa ligera trás la que vas como un cervatillo?

— Esta joven es criada de la condesa viuda de Derby, señor, respondió Julian con voz tímida, y por lo que hace á mi....

— ¡ Espera, espera un poco! dijo el rey, esta es una danza que necesita otra tocata y un lugar menos público. Oye, amigo, tú y esa joven ireis con Empson al sitio donde os lleve. Llévales, Empson, y..... Oyeme dos palabras al oido.

— Se dignará Vuestra Magestad permitirme

le haga observar, dijo Peveril, que yo no tenia de modo alguno intencion de presentarme ante Vuestra Magestad de un modo tan....

— Al diablo con los que no entienden á media palabra lo que se les dice, contestó el rey, ¡vive Dios! amigo, ¿no sabes tú que hay momentos en que la cortesía es la mayor imperlinencia del mundo? Yo te digo que vayas con Empson y que te diviertas un poco con tu hada, hasta que yo envíe á llamarte.

Carlos dijo esto mirando al rededor de sí, pero en un tono que al parecer temia le oyesen. Julian no tuvo mas que saludar y obedecer, y se fué tras Empson, el mismo que habia tocado el caramillo.

Empson, luego que perdieron al rey y á sus cortesanos de vista, quiso tramar conversacion con sus compañeros, y dirigiéndose primero á Fenella: — Por la misa, dijo él, que baila vm. con una perfeccion rara, jamas plegó el jarrete ninguna bailarina con tanta gracia en las tablas. Tocaria yo el caramillo para que vm. bailase hasta que se me quedara el gaznate tan seco como lo está mi instrumento. Va-

mos, vamos no sea vm. tan adusta, el anciano Rowley no saldrá del parque hasta las nueve. Voy á llevar á vms. á Spring-Gardens. Tomaremos allí algunos fiambres y una botella del Rhin, y seremos amigos. ¡Cómo diablos! ¡no responde! ¿Qué quiere decir esto, joven? Es muda esta muchacha? ¿Es sorda? ¿Es uno y otro? Lo tendria por burla; ¡baila tan bien al son del caramillo!

Peveiril para librarse de este pregunton, le respondió en francés que él no hablaba inglés y que era extranjero, contento por librarse aun á costa de una mentirilla, de la locuacidad de un hombre que parecia tener gana de hacer muchas preguntas á que tal vez no siempre seria prudente contestar.

— ¡*Etranger, Etranger!* repitió Empson, hablando consigo en voz baja; eso quiere sin duda decir *Stranger*. Dale con avechuchos que vienen de Francia para lamer de nuestro pan toda la manteca buena de Inglaterra, ó será tal vez un italiano que enseña muñecos. Si los puritanos no tuvieran una mortal aversion á todas las escalas, bastaria esto para invitar á todo

buen muchacho que se hiciese puritano. Pero si yo he de tocar el caramillo en casa de la duquesa, condenado muera yo, si no le juego la pasada de hacerla perder el compas para enseñarla á presentarse en Inglaterra sin saber el inglés.

Luego que Empson tomó esta resolucion verdaderamente inglesa, anduvo á buen paso dirigiéndose hácia una casa grande situada al fin del parque de Saint-James, y entró en el patio por una puerta reja que iba al parque dominado por esta casa.

Peveiril, hallándose al frente de un hermoso pórtico en que habia una puerta de dos hojas, iba á subir el peristilo que á ella conducia, cuando su guia le detuvo por el brazo.

— Espere vm. *Monsieur*, le dijo, me parece que no perderá vm. nada por falta de ánimo; pero no es aquí: llame vm. y le abrirán; pero mas bien golpée vm. y le golpearan. Julian, dejándose guiar por Empson, pasó por delante de la entrada principal y se paró al frente de otra puerta practicada menos visiblemente en un rincón del patio. Llamó allí el tocador

del caramillo dando golpecitos; vino al punto un criado y abrió, le hizo entrar con sus dos compañeros; y despues que los hizo pasar por varios corredores, los llevó á un bello salon de verano, donde una señora, vestida con una elegancia fuera de lo regular, se divertia en leer una comedia tomando chocolate. No es posible hacer su retrato sino poniendo en el peso por un lado las ventajas de que naturaleza la dotara, y por otro los defectos fingidos nocivos á las mismas. Hubiera sido linda sin el encarnado que se ponía y sin los arrumacos. Se la hubiera tenido por afable sin el tono altanero de proteccion y de condescendencia. Seria su voz agradable si no tratara de hacerla mas suave. Pasaran sus ojos por bellos si no hubiese procurado darles mas brillo. Deslucia un pie bonito dejando ver un poco mas la pierna. Tratando de su talle, aunque no parecia tener treinta años, estaba ya tan gorda como debia estarlo diez años despues. Mostró á Empson una silla dándose el tono de una duquesa, y le preguntó con languidez como lo habia pasado despues de un sigló que no le

habia visto, y quienes eran los que venian con él.

— Extrangeros, señora, respondió Empson, extrangeros malditos, pordioseros hambrientos que nuestro amigo viejo ha recogido esta mañana en el parque. La andorrera baila, y este pájaro... creo que toca la trompa*. Como soy, que ya me voy avergonzando del viejo Rowley, y será necesario despedirme de él si no trata de acompañarse mejor en adelante.

— ¡Fuera! Empson, dijo la dama, reflexione vm. que tenemos obligacion de prestarnos á sus gustos, y de cerrar los ojos á sus caprichos. Esta es una ley que siempre procuro guardar. Pero dígame vm., ¿no vendrá pronto esta mañana?

— Aquí estará, respondió Empson, antes de lo que se puede gastar en bailar un minué.

— ¡Dios mio! exclamó la dama como alarmada sin afectacion; y olvidándose absoluta-

* Entiéndese no la de metal sino un instrumentillo de hierro de cuatro á cinco pulgadas de largo que forma dos líneas unidas en círculo de cuyo centro parte una lengüeta de acero y puesto entre los dientes se mueve con el índice. — TRAD.

mente de sus gracias lánguidas, fué corriendo como galga á un cuarto contiguo, donde se oyó una discusion, aunque corta, viva y animada.

—Supongo será alguno que se empeña en entrar y no debe, dijo Empson por lo bajo. Es bueno para la señora que yo haya dado este aviso. Hele allá el dichoso galan que ya se marcha.

Julian estaba colocado de modo que por la ventana junto á la que Empson estaba sentado, pudo ver un hombre con un capote galoneado ajustado y una espada larga debajo del brazo, que salia de puntillas por la misma puerta que ellos habian entrado, y que iba por el patio á lo largo de la pared, probablemente para que se le notara menos.

Volvió á entrar la dama en este instante y mirando hácia donde dirigia Empson la vista, le dijo entre confusa y precipitada: — Es un mensajero que ha enviado la duquesa de Portsmouth con una esquila, y tuve que responder con tanta prisa que no me dió tiempo para tomar mi pluma de diamantes. ¡ Como me llené los dedos de tinta! añadió mirándose la linda mano, que

metió en un vaso de plata lleno de agua de rosas. — Pero yo tengo por cierto que no entiende el inglés esa figura exótica presentada por vm. ¿Cómo es esto? ; se ha puesto encarnada! ; Y vm. dice que es buena bailarina! Es preciso que yo la vea danzar y á su compañero tocar la trompa.

— ¿Verla danzar? Bastante bien ha bailado cuando yo tocaba el caramillo. Pero, ¿quien no bailaria entonces? Yo hice bailar al viejo consejero Clubfoot estando atacado de la gota y nunca vió vm. un paso semejante en el teatro. Me obligo á hacer bailar unas seguidillas al arzobispo de Cantorbery tan bien como á un francés; el bailar no significa nada, en la música consiste todo. El viejo Rowley no comprende esto. Ha visto danzar á esta pobre criatura, y atribuye á ella todo el mérito que á mí me correspondia. Le hubiera yo apostado á que no podia ella menos de bailar. Y con todo á ella le concede todo el mérito y el provecho, porque ha mandado se le den cinco piezas de oro, en tanto que mi mañana no me ha valido mas que dos.

— Muy bien, señor Empson, pero vm. es de casa, aunque en una posición inferior, y debía vm. considerar....

— ¡Por Dios, señora! lo que yo considero es que soy el primer caramillo de Inglaterra, y si se me despide, será tan imposible hallar otro que ocupe mi lugar, como lo es llenar el Támesis con el agua de un foso.

— Convengo en que vm. es un hombre de talento, señor Empson. Pero debo decir á vm. que es preciso cuidar de lo esencial. En el día encanta vm. el oído, mañana puede haber otro que lo haga mejor.

— Nunca, señora, mientras que tenga el oído aquel poder celeste de distinguir una nota de otra.

— ¿El poder celeste, dice vm.?

— Sí, señora, celeste; porque ciertos versos muy bonitos que hemos visto en nuestra última fiesta decían:

¿Qué hacen los que van al cielo?
Amar, cantar. — He aquí en suma
De los bienaventurados
Toda la existencia junta.

El señor Waller fué quien los hizo, según creo, y á fe mía que se debe animar en su trabajo.

— Y á vm. también, mi estimado Empson, dijo la señora bostezando, aunque no se mirara sino el honor que vm. hace á su profesión. Pero pregunte vm. á esas gentes si quieren tomar alguna cosa. ¿Y vm. qué tomaría de buena gana? Tengo chocolate del que ha traído el embajador de Portugal para la reina.

— Si no está falsificado... dijo el músico.

— ¿Cómo es eso caballero? dijo la bella dama medio levantada sobre los almoadones hacinados, ¡algo falsificado en mi casa! Le conozco á vm. muy bien, señor Empson, y yo creo que la primera vez que vino á mi casa casi no sabía vm. distinguir el café del chocolate.

— ¡Válgame Dios, señora! vm. tiene mucha razón, respondió el tocador de caramillo. ¿Y como puedo yo probar mejor lo mucho que me han aprovechado sus excelentes lecciones en la materia, sino mostrándome delicado?

— Tiene vm. una excusa muy plausible, se-

ñor Empson, dijo la petimetra dejándose caer como al descuido sobre el plumion de donde la irritacion la hizo levantarse. Creo que le gustará el chocolate, aunque no es tan bueno como el que nos dió Mendoza, el encargado de negocios de España; pero es preciso ofrecer alguna cosa á esos extrangeros. Pregúntelos vm. si quieren café, chocolate ó fiambre de caza, frutas y vino. Conviene tratarlos de modo que se les haga ver donde están, supuesto que están.

— Sin disputa, señora; pero ahora se me ha olvidado como se dice en francés chocolate, café, caza, frutas y vino.

— Eso es muy particular; y aun lo es mas que á mí tambien. Pero no importa, voy á presentárselo todo, y ellos cuidarán de dar el nombre á cada cosa.

Empson se rió de esta chanzoneta, y dijo aseguraba por su vida que el pedazo de carne fiambre le tendria por el mejor emblema de un resto de rosbif que pudiera encontrarse en el mundo entero. Se sirvieron desde luego man-

jares en abundancia, y Julian y Fenella tomaron su parte como la dama y el músico.

Con todo Empson se puso mas cerca del ama de casa, y consolidaron su amistad intima bebiendo un vaso de licor. Sus ideas vinieron á ser mas vivas, y entablaron conversacion con mas confianza, pasando revista por todos los que componian la corte, tanto de los rangos superiores, como de la esfera subalterna á la que se podia pensar pertenecian ellos mismos.

Es verdad que, durante esta conversacion desplegó la señora mas de una vez su absoluta superioridad sobre Empson, y que el músico amainó con humildad delante de ella siempre que se hallaban de diferente parecer, ya porque ella le desmentia formalmente, ya porque le contradecia con un sarcasmo, ya porque le imponia tomando cierta importancia, ya en fin porque se valia de uno de los mil modos que hay para dar á conocer las ventajas que uno tiene sobre otro. Mas el gusto que tenia por la murmuracion, la obligaba á descender bien pronto del punto elevado á que por un instante se remontara, y la rebajaba hasta quedar al

nivel con su compañero, de cuyas habladurías gustaba tanto participar y disfrutar.

Su conversacion era muy comun; versaba demasiado sobre un monton de pequeñas intrigas de corte, de las que Julian no entendia palabra, para inclinarle á tomar el menor interés. Como duró mas de una hora, Julian no prestó mas atencion á lo que hablaban, pues que la mayor parte de las palabras tenian un sentido doble, las frases estaban extraviadas de su propio sentido, y los individuos de que se hablaba tenian cada cual su apodo por el que se entendian. Ocupóse en meditar acerca de sus propios negocios, complicados ya lo bastante, y lo que podria resultar de la audiencia que dentro de poco le daria el rey, audiencia que se le habia proporcionado por un agente tan singular y por medios tan inesperados. Miraba muchas veces á Fenella y notó que casi siempre estaba absorta en profundas meditaciones. Pero tres ó cuatro veces que la presuncion y la importancia afectadas del músico y la dama subieron al mas alto grado vió que Fenella lanzó sobre ambos á hurtadillas una de

aquellas miradas tristes que habian contribuido á que la tuviesen los de la isla de Man por descendiente de duendes ó trasgos. Habia un no sé qué tan extraordinario en sus modales, en su aparicion repentina y conducta delante del rey; le habia proporcionado de un modo tan raro una audiencia para él acaso difícil de lograr; que esta reunion de circunstancias podia corroborar la idea fija en su imaginacion, la cual le hizo sonreírse, de que este pequeño agente mudo estaba auxiliado en sus operaciones por los espíritus que reinan en los elementos, á los que la supersticion de los habitantes de la isla de Man atribuian su origen.

Presentábase tambien otras veces á la imaginacion de Julian otra idea, aunque procuraba desecharla por tan ridícula, como la opinion que constituia á Fenella en una clase de seres diferentes de los simples mortales: ¿estaba ella realmente aflijida por aquella privacion de sentidos que al parecer trazaba una linea divisoria entre ella y los demas hombres? Si no lo estaba, ¿qué motivos podia te-

ner una muchacha tan joven para someterse tantos años á una penitencia tan fuerte? ¡Cuan formidable debia ser la fuerza del alma que habia podido condenarse á un sacrificio tan penoso! ¡Cuan grande, cuan importante debia ser el designio que habia podido hacer formar tal resolucion!

Pero el simple recuerdo de lo pasado fué bastante para que alejara de sí semejante conjetura como absurda y de pura aprension. No necesitó mas que traer á la memoria aquellas pasadas tan malas con que tanto la mortificó su atronado amigo el conde de Derby, las conversaciones que se tuvieron delante de ella en las que se discutia libremente, y aun se censuraba, el genio de una criatura tan irritable y susceptible en todo trance, sin que jamas hubiese ella dado á conocer por el menor gesto ni la mas leve conmocion que oía lo que se hablaba; y se convenció de que le hubiera sido tanto mas imposible llevar adelante este sistema de puro engaño, durante tantos años, cuanto que su genio naturalmente fogoso é irascible, no se lo hubiera permitido.

Abandonó pues tal pensamiento, y no pensó sino en sus propios negocios, y en la entrevista que debia tener con su soberano. Le dejaremos embebido en sus reflexiones, en tanto que revisamos los cambios ocurridos en la situacion de Adelaida Bridgenorth.

